

RETÓRICA Y POLÍTICA EN LA ANTIGUA ROMA.

KRISTOV CERDA NEIRA¹

Introducción.

El presente artículo constituye un breve ensayo de interpretación del vínculo entre política y discurso público en la cultura de la Roma Antigua, con el propósito específico de esbozar el modo en que el pensamiento romano percibe la crisis de esta conexión debida al cambio del sistema y la praxis política de la República al Imperio. Para ello hemos escogido dos autores que nos parecen representativos de ambos períodos, en tanto su posición histórica, la preponderancia de su obra en el contexto de la civilización romana y la tematización más o menos explícita del nexo discurso-política, así como de su crisis, nos permiten señalarlos como expresiones relevantes, si no clásicas, del genio distintivo del pensamiento romano.

La forma en que la reflexión teórica en torno al tema del discurso político se realizó en Roma, si bien hunde sus raíces en la más rancia tradición republicana, viene dada - a partir del proceso de helenización de la élite romana - al interior de la discusión sobre el rol y el valor que para la formación de la cultura en Roma tiene la recepción de la Retórica griega. Esta discusión pronto cuaja en una temática y un grupo de géneros literarios bien definidos, que incluyen los simples manuales de Retórica para uso escolar, la sistematización teórica de la pedagogía antigua, la crítica literaria y estética en general, en fin, todo el ámbito formativo - lo que para el romano quiere decir "moral" - de la cultura clásica. Es en el contexto de esta tradición literaria que surge una indagación que intenta discernir, más allá de las cuestiones puramente estéticas y pedagógicas, la relevancia ético - política del arte retórico, como va fuese examinada por los propios griegos, tematizando críticamente la virtud tradicional de la eloquentia y la figura del Orador.

En efecto, es en la obra retórica de Cicerón, especialmente en la trilogía *De Oratore*, *Brutus* y *Orator*; donde el tema de la Retórica, si bien aparece oculto bajo el ropaje de la discusión técnica, queda sobrepasado - como ocurrirá con muchas otras cuestiones de procedencia helenística en manos del Arpinate - por una reflexión de cuño típicamente romano sobre la *virtus eloquentiae*. Y, más tarde, en el *Dialogus de Oratoribus* de Tácito tal pensar ciceroniano será genuinamente recibido y reexaminado en el contexto de la nueva situación política y cultural. Por estas razones, habremos de determinar primero el contexto histórico - cultural donde se da tal reflexión (secciones 1 y 3), para luego examinar las obras clásicas de ambos autores, buscando las claves de su comprensión de la relación entre discurso público y política (secciones 2 y 4).

¹ Profesor de Filosofía, Magister en Filosofía por la Universidad de Concepción. Cursa Doctorado en Literatura Latinoamericana, Universidad de Concepción. Profesor de Integración y Desarrollo Facultad de Formación Integral Universidad de las Américas.

1. Política y Retórica en la República Romana.

“Si perdemos la elocuencia, ¿qué nos quedará, pues, que nos distinga de los bárbaros?”

El historiador Timeo de Tauromenio, resumiendo un pensamiento común a toda la cultura griega, afirma que la Retórica es el instrumento propio de la democracia². El sistema político de la Roma republicana, en la forma acabada que alcanza en el 287 a.C., con el fin de las luchas entre patricios y plebeyos, puede ser considerado cabalmente una democracia en la medida en que se configura como un amplio ámbito civil donde las decisiones políticas se generan la mayoría de las veces en asambleas de ciudadanos. Es más, si atendemos a la evolución de las instituciones de la República hasta el período recién señalado, bien puede decirse que el Estado romano tendía progresivamente hacia la afirmación del pleno gobierno popular, tendencia que se vio frustrada por la preponderancia ejecutiva que alcanzó el Senado con motivo de las Guerras Púnicas y el cambio de la situación sociopolítica advenido luego de la conquista del Imperio mediterráneo³.

Para el romano de la República es lo mismo ser hombre que ser ciudadano y la vida se le va en ello - poco sabe del carácter inviolable que nosotros atribuimos a lo privado - él es pura exterioridad⁴. Aún la *domus* no es sino la extensión de la vida social que se intersecta con las menudencias de la vida doméstica⁵, propia de las mujeres; la cosa pública lo invade todo, es la sustancia de la vida para el varón romano. Ser *cives romanus* significa vivir en lo público, ante el otro; él no conoce vida privada sino que todo lo ventila, todo lo discute, de todo se informa y opina. No concibe la democracia como los griegos, cuyo ideal político le parece demasiado estético, muelle y perverso por falta de virilidad, y esto se debe a que en la raíz de su práctica política no hay sofisticadas teorías sino el pragmatismo de la persuasión y la violencia colectivas que jalonan dramáticamente los episodios de la génesis de la República y más allá⁶. Esta violencia sólo se detiene ante lo sagrado, en el *Pomerium*, ante el *mos maiorum*, ante lo que todos en común honran y veneran, y esto no es otra cosa que la misma Roma⁷.

De este modo, la política en la Urbe republicana viene a funcionar sobre la base de un gran espacio público cuyo actor es una masa ciudadana siempre proclive a dejarse llevar por sus pasiones, inflamadas por algún orador⁸. La elocuencia es el arma política por excelencia de la República, pues es a través de ella que se consigue la votación popular.

Por otra parte - que es lo que aquí nos interesa - son los escritores de discursos o teóricos de la Retórica los que generan y transmiten el pensamiento político romano de esta época⁹.

De allí la primera resistencia del partido tradicional a la Retórica, en tanto técnica oratoria; Marco Porcio Catón no se equivoca al considerar su divulgación como un germen subversivo de las costumbres, percibe su potencial político, ya no sólo las armas y una vida honesta serán fuente de gloria¹⁰. El conocimiento adecuado de este arte permitiría a cualquiera, sin importar su origen, acceder al poder. La incorporación de la Retórica a la educación romana significa proporcionar un medio capital de democratización, combatir aquello es la razón implícita en el decreto senatorial del 161 a.C. y del edicto de los censores Licinio Craso y Domicio Enobarbo en el 92 a.C.¹¹ Fue ésta, sin embargo, una causa perdida, el desarrollo de la cultura romana por el contacto con el mundo helénico, a la vez que el despliegue de las nuevas condiciones políticas

² Fragmento 137, Citado por Javier Arce, “Roma”, en Vallespín (Ed.), *Historia de la Teoría Política*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, Vol. 1, p. 182.

³ L. Horro, *Las Instituciones Políticas Romanas*, México, Uteha, 1958, p. 65ss.

⁴ Florence Dupont. *El ciudadano romano. Durante la república*. Buenos Aires, Vergara, 1992 pp. 25-29. También Héctor Herrera Cajas. “La constitución del ámbito cívico en el mundo grecorromano” en *Limes*, 2, UMCE, Stgo. de Chile, 1989. p. 2436.

⁵ Dupont. Op. Cit. Pp. 99-100

⁶ Sobre la violencia como característica romana, Cf. William Harris. *Guerra e Imperialismo en la Roma Republicana, 327-70 a. C.*, Madrid, Siglo XXI, 1989. Pp. 49-52.

⁷ Dupont. Op. Cit. Pp. 199-264.

⁸ M.I. Finley. *El nacimiento de la política*. Barcelona, Crítica, 1986. Pp. 121-122.

⁹ Arce. Loc. Cit.

¹⁰ Plutarco. *Cat. Mai.* 34ss. En: Plutarco. *Vidas Paralelas*. Madrid: Gredos, 1985. Respecto de la relevancia política del concepto de gloria entre los romanos, véase Harris, Op. Cit. Pp. 16ss.

¹¹ Suetonio, “Retóricos Ilustres” (*De Rhetoribus illustribus*), I. En: *Obras de Suetonio y Petronio*. Bs. Aires, El Ateneo, 1959.

permitió que poco a poco, el arte de la persuasión fuera juzgado “útil y honesto, y gran número de romanos buscaron en él el poder y la gloria”¹².

Se ve entonces cómo la asimilación del paradigma retórico por la cultura romana, que con el transcurso del tiempo afectó a vastos sectores del saber y las costumbres hasta el punto de que se puede hablar de cierto “retoricismo”¹³, se inserta en un complejo histórico cuyos hilos conductores son la evolución política de la República y la helenización de la nueva clase dirigente. El libre acceso a las magistraturas y la consecuente entrada de todo ex - magistrado al Senado hace de la carrera política una competición en la que el éxito también viene por el dominio de una técnica, la clase política emergente descubre que el ideal tradicional del político parco que ha alcanzado prestigio y autoridad como soldado puede coexistir con el político profesional, cuyo poder radica en la elocuencia. Asistimos quizás al primer momento de la historia de Occidente en el que la competencia política queda pragmáticamente determinada por una ciencia y una técnica- la jurisprudencia y la retórica.

Corresponderá a Cicerón, un miembro de esta nueva burguesía en asenso, intentar la conciliación teórica del aristocrático ideal tradicional con la nueva concepción abierta de la política, en un período de la historia romana en que tal conciliación pareciera el único medio para salvar la República.

2. Cicerón: La elocuencia al servicio de la República.

“¿Quién tiene dudas de que, en nuestro estado, el primer lugar, en los asuntos internos y en los períodos de paz civil, lo ha ocupado siempre la elocuencia?”

Cicerón, Orador, 141.

Para el Arpinate es claro que la elocuencia florece y se desarrolla sólo en las ciudades donde impera la libertad y la paz¹⁴. Es más, llega a aventurar que ella es el origen de la civilización y la sociedad¹⁵. Y distingue a los oradores romanos de los extranjeros por su urbanitas, cierto modo de decir propio de la ciudad (sonus urbanos)¹⁶. Aseveraciones como éstas no son completamente extrañas a la tradición romana, pero en Cicerón poseen una connotación decisivamente popular. Como novus homo sabe bien que el acceso al poder político no queda garantizado sólo por el asentimiento de los optimates sino en gran medida por el de la masa ciudadana. Contra el parecer elitista de los estoicos que se acercaba más a la ideología patricia de la superioridad intelectual y moral de los boni, profundamente arraigada en la política romana, su concepción de la elocuencia pone en manos del pueblo el juicio certero de la capacidad del orador¹⁷. El orador no se dirige ya sólo al Senado, sino al conjunto de los ciudadanos y de ellos recibe como premio el Honor¹⁸, debe acomodarse al pueblo según el principio del decus¹⁹ para llegar a ser, como decían los antiguos “la flor del pueblo”²⁰.

En base a ciertos pasajes de sus obras, especialmente de los fragmentos de su República, cierta tradición historiográfica ha intentado representar a Cicerón como defensor de los privilegios de la oligarquía senato-

¹² Suetonio. Loc. Cit.

¹³ El concepto de “retoricismo” es usado para designar uno de los rasgos esenciales de la literatura romana, en tanto esta se va acomodando progresivamente a los cánones estéticos de la retórica griega y con ello va adoptando un estilo oratorio, en todos los géneros; nosotros sólo lo extendemos al ámbito total de la alta cultura, Cf. Bickel, Historia de la literatura romana, Madrid, Gredos, 1987. P. 94.

¹⁴ Brutus. Hemos consultado la versión de este texto que aparece en las Obras Completas de M. T. Cicerón. Madrid, Aguilar, 1946.

¹⁵ De Oratore, I, 32-33. Consultamos la edición bilingüe de este texto, en dos tomos, realizada por Ampro Gaos para la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.

¹⁶ Brut. 170ss.

¹⁷ Brut. 188ss.

¹⁸ Brut. 281.

¹⁹ Orator, 24:71. Seguimos la versión de este texto como El Orador (Orator). Madrid. Alianza Editorial, 1991,

²⁰ Brut., 59.

rial y proclive a la monarquía. Sin embargo, si atendemos a sus opiniones respecto de la elocuencia se muestra siempre convencido de que la República se asienta en el Pueblo y aquél es entendido siempre como una comunidad.

Aún en la obra recién citada afirma: "...la república es la cosa del pueblo; y el pueblo no es el conjunto de todos los hombres reunidos de cualquier modo, sino reunidos por un acuerdo común respecto al derecho y asociados por causa de utilidad".²¹

El carácter público que Cicerón atribuye a la elocuencia, privilegiando la *oratio popularis*²², queda estructurado en las tres funciones que se asigna al orador: convencer (*docere*), deleitar (*delectare*) y mover los ánimos (*movere animos*)²³. Sobre todo en esta última, la capacidad de dirigir y mover los afectos del auditorio se hace patente con claridad el sentido político que caracteriza según él a la elocuencia romana. Cicerón llama a los oradores griegos "desocupados" pues no estaban absorbidos por los asuntos públicos²⁴, y reprocha al mismísimo Isócrates no haberse "encendido con el sol del foro y vivir acorralado entre paredes"²⁵.

La elocuencia entonces es un arte que posee fuerza (*vis*) y trae consigo autoridad y dignidad²⁶. Pero esta fuerza, por la que el orador conduce a la República a su salud no se basa, como en los Sofistas griegos y los retóricos de escuela, en una mera técnica que se acomoda a cualquier fin, sino debe fundarse en la integridad moral del propio orador y en el dominio de las demás disciplinas liberales. El orador perfecto, a quien Cicerón no duda llamar "príncipe" (*princeps in senatu, in populo, in causis publicis*) y "conductor" (*dux civitatis*)²⁷, debe ser a la vez un varón bueno, prudente y elocuente: debe conocer de filosofía, de historia y de derecho, debe procurar ser virtuoso y hacer virtuosos a sus conciudadanos, debe dominar la retórica y las letras para dirigirse a ellos con pureza de la lengua y decoro²⁸.

El varón elocuente viene entonces a realizar la plenitud de la *humanitas*²⁹; no se trata de la técnica retórica *ad usum rei publicae*, pues ella nace de la elocuencia³⁰, sino de un modelo de vida que excede con mucho la imagen mezquina del político pragmático que sólo piensa en el éxito. Cicerón quisiera salvar a la República de estos políticos pragmáticos que ya campean en el foro romano. Este ideal normativo, que como la idea platónica está siempre allí para ser imitada pero jamás alcanzada³¹, constituye todo un programa de reforma moral de la ciudad, un paradigma educativo integrador y una concepción de la política que quiere alcanzar -más allá de las sutilezas teóricas de los filósofos- la verdad y la justicia concretas, apelando al sentido moral de los romanos, al cultivo de la fértil *virtus* tradicional por las disciplinas humanísticas, todo coronado por la fuerza prístina de la *eloquio* y la *actio*. Pero la decadencia moral de los romanos es más profunda de lo que él mismo confiesa. La fórmula que salvará a Roma de sí misma no vendrá por el camino de la restauración del espacio público y ciudadano sino, renunciando a aquél, por el del *imperium* de las armas y la *auctoritas* del príncipe.

3. El Principado y la crisis de la elocuencia.

"De vez en cuando, por las violentas discusiones que se originaban al precipitarse indignado fuera de la curia, algunos le gritaron 'que convenía que fuera lícito a los senadores el discutir sobre asuntos públicos'"

²¹ República, I, 25. Madrid, Gredos, 1984.

²² De Oratore 2, 334.

²³ Brut. 184: Orat., 69.

²⁴ Orat., 108.

²⁵ Brut., 32.

²⁶ Brut., 25.

²⁷ De Orat. III, 63.

²⁸ De Orat. I, 129ss.

²⁹ De Orat. I, 71.

³⁰ De Orat. I, 146.

³¹ Orat., 101.

Suetonio, Vida de Augusto, 54.

Con las Guerras Civiles comienza una crisis institucional que sacudirá los cimientos de la sociedad romana, transformando en el lapso de un siglo el espectro completo de las formas políticas y cambiando dramáticamente las condiciones de la vida social, si bien parte de su génesis cobra sentido en el mismo proceso por el que Roma se va haciendo cada vez más democrática. Tiberio Graco plantea la cuestión decisiva de la evolución política republicana al apelar a la soberanía popular, pero sus motivos parecen demasiado ambiguos ya a sus contemporáneos. ¿Es un demócrata convencido o un demagogo que adula a las masas para lograr el poder total? Y es que en Roma las costumbres han cambiado, de entre los orgullosos ciudadanos van surgiendo líderes o se van segregando conspiradores con demasiado sentido de la conciencia individual; las cenizas de las polis griegas que vienen en el botín imperial también traen consigo la idea de la afirmación de la personalidad del individuo que pronto corroerá el antiguo ethos cívico.

El reclamo de Cicerón a la comunidad ciudadana como fuente de potestad y autoridad es un canto de cisne, las Guerras Civiles han mostrado que la política se ha vuelto una cuestión privada y el logro del poder una meta personal³².

El principado augústeo, en el que culmina todo el proceso de descomposición de la República y comienza una nueva era de la política romana, viene a señalar también el momento en el cual los romanos terminan de descubrirse a sí mismos: se encuentran en un mundo que les pertenece pero que a la vez les resulta completamente ajeno y, en algunos casos, incomprensible; no son dueños sino miembros de un Imperio en el que Roma es sólo la capital, Virgilio les busca en Troya un origen más cosmopolita y los filósofos estoicos les enseñan a mirar a los demás hombres como iguales. Pronto el cristianismo y otras sectas orientales reemplazarán a la sana religión civil y les descubrirán las profundidades de la vida interior: el mundo se romaniza y el ciudadano romano se va quedando cada vez más sólo en una abigarrada multitud que pronto le despojará de su rasgo más distintivo: su ciudadanía³³.

Esta universalización, acompañada de la inflación y consecuente deriva del individuo, domina también la vida política: irónicamente, el Príncipe se apropia de la potestad del Tribuno de la plebe, la misma potestad cuya fuente Tiberio Graco remitía al pueblo; se hace además cónsul vitalicio, Señor del Senado y los ejércitos. Concentra en sus manos todo el poder y designa a su sucesor; es el pater familias de todo el Imperio³⁴ y la política es su problema doméstico: toda decisión le pertenece, toda deliberación se ejerce en el interior de su conciencia, todas sus palabras son sentencias.

El silencio impuesto al foro se compensa con un florecimiento de las letras y el arte oratorio. Los emperadores sistemáticamente fomentan las escuelas de Retórica y conceden privilegios a los profesores como parte de una vasta política educacional³⁵. Pero no es ya la retórica política, sino un discurso impotente para influir en la opinión pública, la que a su vez está convenientemente modelada por diversas instituciones estatales. Se extiende por todo el Imperio una Retórica puramente escolar, con fines exclusivamente estéticos que complacen el creciente snobismo de los funcionarios imperiales; la elocuencia cede su lugar a la declamación y el panegírico, suasorias y controversias tratan de temas fantásticos y alejados del presente, es una educación conservadora que simula el aire de la vieja oratoria como si Catón y Cicerón aún tronaran en la curia, pero sólo prepara declamadores de ocasión y abogados mediocres³⁶. Bajo el patronazgo imperial, la Retórica es ciertamente vehículo de cultura y romanidad, pero al costo del debilitamiento de su original función pública que -como ya lo atisbara el Arpinate- llevará a algunos, entre ellos a Cayo Cornelio Tácito, a oponerla a la verdadera elocuencia.

³² Véase Apiano, Historia de Roma. Madrid, Gredos, 1985. 55 passim.

³³ Jerome Carcopino. La vida cotidiana de Roma en el apogeo del Imperio. Madrid, Temas de Hoy, 1993. Pp. 81-85.

³⁴ Héctor Herrera Cajas. "Res privata -Res publica-Imperium" en Semanas de Estudios Romanos, I, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Stgo. De Chile, 1977. P. 134.

³⁵ Stanley F. Bonner. La Educación en la Roma antigua. Barcelona, Herder, 1984. Pp. 213 ss.

³⁶ Carcopino, Op. Cit. Pp. 154-162.

4. Tácito: Elocuencia antigua, Retórica moderna.

“Sigue adelante -dijo Materno-, y puesto que hablas de los antiguos, hazlo usando de la antigua libertad, de la cual hemos degenerado más que de la elocuencia misma”

Tácito, Diálogos de los Oradores, 27

La verdadera elocuencia ha desaparecido de la ciudad, sólo se dan en su lugar abogados y profesores de retórica que -como el ilustre Quintiliano- confunden su técnica con la verdadera elocuencia³⁷. La poesía, que se presta con facilidad a las necesidades del régimen ha ocupado el primer lugar entre las Letras, este arte inofensivo que se practica lejos del bullicio del foro y aún fuera de los límites de la ciudad, “en bosques y selvas”³⁸, se llena de gloria ante las masas, desplazando a la elocuencia viril³⁹. Tácito arremete contra ella, oponiendo a este ideal “olímpico” el prestigio público y la virtud del orador⁴⁰.

Pero la oratoria de sus contemporáneos está hecha de controversias escolares, indignas de rivalizar con la elocuencia de los antiguos⁴¹. Los representantes del partido de los profesores de retórica intentarán eludir esta oposición haciéndola pasar por el hábito del romano tradicional que gusta de descartar lo moderno en favor de lo antiguo⁴², mientras que en verdad los modernos serían superiores pues han descubierto el buen gusto y la belleza, de modo que esta oratoria es más cercana a la perfección poética que los toscos discursos republicanos⁴³.

A Tácito, sin embargo, le parece que es precisamente en esta afectación estetizante y poco viril donde radica la debilidad de la oratoria de su tiempo⁴⁴. Esta debilidad y amaneramiento son para él expresiones del relajamiento de las costumbres⁴⁵ y -de modo específico- de la corrupción de la educación romana, que ha salido de la familia para ser entregada a esclavos y retóricos⁴⁶. Le parece que de este modo se ha desvinculado a la formación de los jóvenes romanos del espacio público y la vida social para llevarla al recinto cerrado -y por cerrado indecoroso- de la escuela⁴⁷, donde la vida se falsea, según el conocido dicho de Séneca el Filósofo: *non vitae sed scholae discimus*⁴⁸. La antigua elocuencia era fuerte pues se alimentaba de todas las ciencias y, sobre todo, de las materias morales, en provecho de la ciudad⁴⁹. Mientras que los oradores modernos, formados por los retóricos, sólo discurren sobre temas fantásticos e ignoran todas las ciencias verdaderamente útiles⁵⁰.

Con todo, las causas de la decadencia de la elocuencia son más profundas: el principado, que ha traído orden al Imperio, no permite el desarrollo de la elocuencia pues el terreno natural de ésta es el desorden que surge de la vitalidad de la política⁵¹. Los antiguos oradores actuaban como guerreros en un campo de batalla donde se ventilaban las cosas más importantes del Estado, los modernos están constreñidos a causas judiciales donde se resuelven problemas particulares⁵². Para Tácito está muy claro que el vigor de la elocuencia necesita el espacio abierto de la ciudad y las asambleas, pues no es un arte apacible sino fogoso⁵³, pero de la ciudad antigua solo queda el foro, hollado por desgraciados de otras latitudes que acuden a Roma en busca de justicia y beneficios. El orden y la concordia impuestos por los Emperadores han acallado para siempre a la elocuencia⁵⁴.

³⁷ Antonio Alberte. *Historia de la Retórica Latina*. Amsterdam, Adolf M. Hakkert, 1992.

³⁸ Tácito. “Diálogo de los Oradores” (*Dialogus De Oratoribus*), 9. En: Tácito. *Obras Completas*. Madrid, Aguilar, 1946.

³⁹ Pierre Grimal. *El siglo de Augusto*, Bs. Aires, Eudeba, 1960, Pp. 87-88.

⁴⁰ Dial. 1-10.

⁴¹ Dial. 15.

⁴² Dial. 18.

⁴³ Dial. 20.

⁴⁴ Dial. 26.

⁴⁵ Dial. 28.

⁴⁶ Dial. 29.

⁴⁷ Dial. 34-35.

⁴⁸ *Epíst.* 106, 12.

⁴⁹ Dial. 31.

⁵⁰ Dial. 32ss.

⁵¹ Dial. 36-37.

⁵² Dial. 39.

⁵³ Dial. 40.

⁵⁴ Dial. 41.

Con estas opiniones, afines a una visión negativa del régimen imperial debida seguramente a la negra experiencia del principado despótico de Domiciano, Tácito se opone a los apólogos de la Retórica e intenta rescatar la concepción ciceroniana de la elocuencia como fruto y savia de la libertad política en una época en que dicha libertad se ha desdibujado por completo y la vida pública va siendo reemplazada por los espectáculos.

El Diálogo de Tácito termina dando cuenta de esta paradoja que afecta a la sociedad romana y que constituye el germen de su decadencia: el orden y la paz del Imperio quedan asegurados por la muerte de la conciencia civil y el espacio ciudadano, elementos que son tan consustanciales al genio romano que su desaparición significará tarde o temprano la disolución de aquél⁵⁵.

Conclusión

A decir de Apiano, los romanos emergieron desde una sociedad tradicional, regida por reyes, llegaron a una democracia con magistrados efectos y luego recayeron en la monarquía por causa de su corrupción moral⁵⁶. Este diagnóstico, que a primera vista pareciera ser otra versión de la manida “teoría de los ciclos políticos” acota, por el contrario, el hecho cierto de que el devenir de la sociedad romana desde sus orígenes a su ocaso está signado por una dinámica según la cual la vida ciudadana se obtura en ámbitos más o menos abiertos con una determinada regularidad. Este desarrollo va de una sociedad cerrada, donde la política es patrimonio de unos pocos, a una sociedad abierta donde se incrementan y autorregulan constantemente los mecanismos de participación, para luego tender -asumiendo las conquistas intelectuales del momento anterior - a su propia clausura en aras del orden. Este carácter dialéctico que manifiesta la conformación empírica de la historia de la política en Roma, si bien descansa, como toda interpretación de fuentes históricas, en testimonios no concluyentes, no queda confinado al espacio estrecho de lo que habitualmente se llaman las “instituciones políticas” sino que informa todos los niveles de la cultura, de modo que un esquema tal: Privado - Público - Privado, puede resultar útil como clave interpretativa de la evolución en otras esferas⁵⁷. En efecto, al examinar el desarrollo del arte retórico en Roma, en cuanto al nexo que tiene con la vida política, se hace patente cómo a los propios romanos la comprensión de la libertad política viene determinada por el sentido de apertura o clausura de la vida civil, cuyo síntoma es el predominio del discurso público y el diálogo. El imperio de la palabra hablada, rasgo distintivo de la cultura clásica, en contraposición a la matriz cultural semítica, por ejemplo, viene a definir el sentido de la vida para el romano, quien descubre síntomas de decadencia al constatar como el diálogo social deviene monólogo. La recepción y desarrollo de la Retórica en Roma, y en la antigüedad clásica en general, que ha sido por mucho tiempo incomprendida por nuestra cultura, dominada por el paradigma “privado” de la objetividad de la mirada personal y de la certeza de la mente ante sí misma, vendrá a encontrar su lugar en una exégesis de los testimonios históricos que atienda a la originaria condición de exterioridad del hombre antiguo a la que hemos aludido.

Por otra parte, aun el proceso de extensión de la ciudadanía a todo el Orbe, una de las conquistas morales de la Roma Imperial, cambia de signo si se admite que aunque lleva implícita la idea de igualdad de todos los hombres en lo que les es más distintivo, su humanidad, implica a la vez la neutralización de la diferencia esencial que permite a cada hombre identificarse en cuanto perteneciente a un grupo, tradición o cultura. El propio dinamismo interno de la matriz cultural romana produce la decadencia del par diferenciador civilizado-bárbaro⁵⁸. Del mismo modo que el estrechamiento del ámbito público en pos de una hipertrofia de lo privado anula la posibilidad de una sociedad fundada en la comunidad de sus miembros lo que - para-

⁵⁵ Dial. Loc. Cit.

⁵⁶ Op. Cit., 99.

⁵⁷ Cf. Hector Herrera Cajas “Res Privata...” Cit.

⁵⁸ Cabría inquirir en qué medida la influencia helenística actúa como catalizador de este proceso, trabajo que amerita otra investigación más detallada.

dómicamente -incide a la larga en la incapacidad moral de los grupos humanos para autodeterminarse, por lo que quedan expuestos a los avatares de un poder irrestricto, sólo sujeto a la voluntad de quien lo detenta , como la propia historia del poder de los emperadores pone en evidencia.

Que las condiciones de aquel tiempo se asemejan a la hora que nos toca vivir es una de las ideas que ha guiado este trabajo. Queda la intención de que se imite hoy lo bueno de los viejos romanos y que lo demás permanezca donde está, en los libros de historia.